

# ENTRE CRUCES

Gastón Ovando<sup>1</sup>

Ilustrado por: Erik Tálaga

Jugá, rodá la bola que hoy estoy que rompo la red, habló Martín con su camiseta rayada y las medias hasta la mitad, los botines grises y el corazón palpitante, tanto como el de los 45.000 individuos que estaban presentes en el estadio del barrio. Miró los ojos de los compañeros y hundidos en llanto salieron a la cancha.

El cielo apenas azuloso contrastaba con la melancolía que sentía María al despertar, otro día más que desgasta su piel y su alma, caminar es dejar a cada paso un pedazo de piel y abrir sus brazos

como alas hacia la mesa más cercana, tomar un cigarrillo y mezclarlo con un poco de ron enturbiado con los pedazos de labios de la noche anterior.

André, nacido en las favelas de Río, no hace sino patear cocos por la playa, meter goles imaginarios y festejarlos con la camiseta del Botafogo, su equipo del alma, él vende artesanías para los turistas, no tiene mucho tiempo para pensar sobre la trama de la vida, simplemente la vive sin preguntarse por qué.

---

<sup>1</sup> Seudónimo



Final del primer tiempo, el equipo rayado pierde uno a dos después de ir ganando con un gol espléndido de Rafael, el lateral brasileño que había llegado al país después de muchas controversias sobre su nacionalidad. Los comentaristas juegan con once moneditas tratando de explicarles a los seguidores los errores técnico-tácticos del equipo en los primeros 45 minutos y sumergidos en la discusión de si es viable cambiar el cinco por un nueve, o tal vez sacar el cuatro e incorporar un ocho que le dé mayor presión y juegue con un “evidente” 3-5-2, le dan mayor esperanza a un público que no entiende de números sino de goles. En el camerino se respi-

raba un ambiente desconsolador cuando el director técnico, después de escuchar atentamente la radio, dijo: “Estamos siendo no más que unos salames dentro del terreno de juego, viejo, la banda derecha es un *ball* para el diez de ellos, por tanto vos, sí, vos, negrito, ¿Rafael es que te llamás?, te quedás en las duchas, que vamos a jugar con un modelo táctico que estoy pensando con mi asistente técnico desde el minuto 35 y que no tiene pierda para remontar el partido, vamos a jugar con un 3-5-2, y vos Martín dejate de pavadas y meté una”.

María evidentemente no quería saber nada de la noche anterior y menos abrir las cortinas hacia el nuevo día, su cabeza retumbando con el *beat* de los carros le hacía sentir que la ciudad se la comía a pedazos y al mismo tiempo la vomitaba entregándola toda despedazada, “es un asco sentir los labios de un blanquito todavía en mi piel”, refunfuñaba ella mientras se bañaba a oscuras. Su gata, un poco más alcohólica que ella, lamía los charcos de ron que empozaban el *living*, se sentaba ebria sobre la ventana y se enamoraba del gato de enfrente.

São Paulo, Porto Alegre, Curitiba, eran ciudades imaginarias para André, a pesar de que las había escuchado en la escuela, saber que existían o no le daba lo mismo, como era irrelevante saber el nombre del presidente, la cifra del producto interno bruto, y la capital de Colombia, el tema en su barrio era de supervivencia, de ser el más fuerte, el más bravo y el que más se hiciera respetar sin importar los medios, por eso después de la escuela él salía a la calle con pocos pesos y con la necesidad de levantar el dinero de la comida sin importar cómo. Los sueños de pequeño, de jugar en el Botafogo y marcar más goles que Quarentinha, se despedaban poco a poco por sus necesidades inmediatas, el futuro realmente no existe cuando el hambre agobia hoy.

